



La terminología como
propedéutica en la formación
de profesores de idioma

Silvia Sidenius de Cruz Videla,
Nora Vera de Tamagnini,
Viviana D'Andrea de Moreno,
U.N.T y C.U.N.T.

La terminología como disciplina particular

La combinación de las perspectivas sincrónica y diacrónica en lo que hace a terminología permite visualizar una disciplina fuertemente marcada por la especialización, por su estrecho contacto con la realidad del mundo del trabajo y las comunicaciones, y por sus múltiples conexiones con otras disciplinas, rasgo que sin embargo, no le resta en modo alguno autonomía.

Siguiendo a E. Wüster, representante histórico de la corriente centroeuropea citado por M. T. Cabré¹ puede caracterizarse a la terminología como la materia que concierne a la recopilación, descripción, tratamiento y presentación de los términos propios de los campos especializados en una o más lenguas.

Las dos dimensiones de la terminología, lingüística y comunicativa, se desarrollan en tres tendencias o corrientes.

- 1- La corriente lingüístico-terminológica (orientada al sentido lingüístico).
- 2- La corriente traduccional (orientada a la traducción).
- 3- La corriente normalizadora (orientada a la planificación lingüística).

El marco de la teoría general de la terminología, que corresponde más propiamente a la primera corriente y, en particular, a los trabajos de Wüster, resulta de gran utilidad para resaltar la importancia que el trabajo sobre los conceptos adquiere en terminología.

Esta concepción –en la que la naturaleza de los conceptos, las relaciones conceptuales, las relaciones términos-conceptos y la atribución de términos a los conceptos son claves– representa aún hoy el desarrollo teórico más sistemático y coherente sobre los términos. Por ello y a la luz de la importancia que los estudios cognitivos han alcanzado en la actualidad, se considerará la misma como punto de partida para este trabajo.

Característica del trabajo terminológico

El modo de operar en terminología lleva la marca del rigor. En efecto, dado que se parte de y se retorna a una estructuración de saberes (científicos, lingüísticos y técnicos), los conceptos deben ser definidos y tratados dejando de lado toda ambigüedad.

Los datos perfectamente definidos y la estructuración de los mismos –lo que implica una conceptualización de la realidad que se organiza en dominio y sectores de actividad– son actualizados en forma permanente en contacto con las ciencias y con el mundo de las cuales se alimentan.

1- María Teresa Cabré. *La terminología. Teoría, metodología, aplicaciones*, Barcelona, Edición Antártida, 1995. p. 35.

Las etapas del trabajo terminológico, tratése de un trabajo de tipo puntual o sistemático, muestran que la voluntad de verificación, de adaptación al carácter cambiante de la realidad y de integración de nuevas tecnologías predomina. Pero lo más importante es que tanto la normalización como el rediseño (cf. la corriente fraseológica) se nutren del análisis a nivel conceptual.

Por ello, el mencionado carácter hace de la terminología el marco ideal para la formación de traductores e intérpretes, quienes por las características de su futuro trabajo deberán manejar muy eficazmente las relaciones referente-designación-concepto en dos o más lenguas, es decir, dos o más sistemas de signos.

El trabajo conceptual inherente a la disciplina se apoya en un nivel más operacional en la definición de objetivos a partir de la determinación de la interdependencia entre saberes lingüísticos y saberes técnicos.

La vocación por la actualización permanente de los datos, saberes y procesos usados, la consulta a usuarios y especialistas, la posibilidad de revisión permanente –incluso de la estructuración en categorías– la tendencia a la normalización hacen del trabajo terminológico un quehacer marcado por la búsqueda de precisión, y por el carácter central que tiene lo conceptual.

Terminología y ciencia cognitiva

En los últimos años los desarrollos en Psicología de la Educación han tenido en el enfoque constructivista una base fundamental. Éste se caracteriza por su naturaleza integradora del trabajo proveniente de encuadres teóricos diferentes y recibió un formidable impulso muy probablemente al haber coincidido en el tiempo la explicación constructivista del aprendizaje escolar y la explicación constructivista del conocimiento científico (Pozo, 1987; Posner *et al.* 1988; Novak 1988; Driver, Guesnier y Taberghian, 1989).

El papel clave que se asigna a la actividad del alumno en la realización de los aprendizajes escolares, tiene un efecto positivo a dos niveles:

1- el del trabajo en clase, ya que a partir de una cuidadosa determinación del *input* del alumno, el profesor jugará con la capacidad de descubrimiento, de construcción y verificación de representaciones del mismo para el desarrollo de un proceso en el que es protagonista;

2- el de la evolución del conocimiento psico-educativo, así como del diseño de estrategias y programas.

Lo que el alumno aprende depende tanto de su competencia cognitiva general –de su nivel de “desarrollo operatorio” en términos de Piaget– como de los conocimientos previos que haya podido constituir en el curso de experiencias previas. Así, la concepción constructivista prioriza los aspectos estrictamente cognitivos en la construcción del conocimiento en la escuela o en otros ámbitos educativos.

La caracterización del aprendizaje escolar como un proceso de construcción de significados ligado a la revisión, modificación, diversificación, coordinación y construcción de conocimientos permite establecer inmediatamente la conexión con la fuente del trabajo terminológico. La definición y estructuración de los conceptos que cimentan la organización de las diferentes áreas del conocimiento y la actividad humana existen justamente gracias a la capacidad cognitiva del hombre, usuario privilegiado de las lenguas naturales y de lenguajes especializados.

Por otra parte, si diferentes especialistas (Collins, Brown y Newman, 1989), sostienen que, desde una perspectiva constructivista, para el diseño y la planificación de la enseñanza se deberían tener en cuenta simultáneamente cuatro dimensiones: los contenidos a enseñar, los métodos de enseñanza, la secuenciación de los contenidos y la organización social de las actividades de aprendizaje, el valor heurístico (es decir, el aprendizaje por descubrimiento, de la realización en grupo de tareas terminológicas, como se realizan en Francia) se ve justa y positivamente revalorizado.

Tiene sentido proponer entonces un trabajo en idiomas extranjeros apoyado en la disciplina del trabajo terminológico que se nutre de los desarrollos de la ciencia cognitiva y que puede estructurarse a partir de una concepción protagónica del alumno en lo que hace a su proceso de adquisición del idioma. Con lo cual la intención propedéutica de la inclusión propuesta en este trabajo queda justificada.

Formación de recursos humanos

Es evidente que el delicado andamiaje requerido por el trabajo terminológico no puede establecerse en un abrir y cerrar de ojos y con independencia de las condiciones del medio en nuestro país.

En esa medida, la formación de los recursos humanos indispensables para la puesta en marcha de una actividad productiva en terminología se presenta como un tema de dimensiones más que importantes, tanto a nivel de la formación de formadores, cuanto de los protagonistas de la actividad terminológica (terminólogos, documentalistas, comisiones de normalización, terminóticos, neólogos, traductores e intérpretes).

Es decir que hay dos niveles de desarrollo a considerar: un micronivel, correspondiente a la formación de docentes en terminología, traductores e intérpretes y un macronivel, el de los que hacen de la terminología su quehacer cotidiano y propio, los que estarán insertos en los circuitos socioeconómicos de nuestra realidad sudamericana.

No se trata entonces de caer en entusiasmos ingenuos asegurando que la terminología es la panacea universal que está al alcance de todos. Por un lado, es bien conocida la dificultad con la que se tropieza, cuando se tratan de modificar planes de estudio. Por otro lado, tratar de implantar una actividad en un medio no sensibilizado a ella, hacerlo con instrumentos poco idóneos o descuidando la convergencia de fuerzas disponibles en una política coherente y coordinada por

empezar a nivel nacional puede condenar todo esfuerzo al fracaso. Se sabe que una correcta formación en terminología requiere de aspectos teóricos, metodológicos, técnicos y de prácticas en un ámbito de trabajo.

Por lo tanto, el movimiento de estímulo y promoción de la actividad terminológica debe surgir de las universidades e institutos de formación superior que cuentan con personal formado e interesado. Esta inyección de energía debe comunicarse a los estamentos gubernamentales, los que tendrán que sopesar las posibilidades estratégicas y de desarrollo que esta actividad ofrece de cara al Mercosur.

En el cono sur se registra actividad terminológica de producción. En Uruguay, el *Uruterm* (1994) constituye un primer intento de establecer una base de datos sobre instituciones y grupos que trabajan en terminología. Posteriormente y en ese orden, Brasil y la Argentina se sumaron al movimiento.

A nivel nacional, existe una comisión de terminología del Mercosur que estudia la implementación de una política terminológica intra y extraregional de servicio a los usuarios de intercambio internacional de información y transferencia tecnológica.

Es interesante observar que el espíritu que domina en tal emprendimiento entronca con la consideración de que los lenguajes especializados también son usados por "prácticos", usuarios no especializados. Así, los instrumentos terminológicos basados en grupos conceptuales muy concretos, de fácil identificación por parte de productores y administradores que no tienen una formación terminológica o lexicográfica muy desarrollada se presentan como los más adecuados durante una etapa inicial (aportación del Dr. J. C. Merlo durante el Congreso de Lexicografía, Bs. As. 1995).

La producción terminológica no puede dormir en fichas y cajones no consultados sino que debe retroalimentar la actividad del medio.

Realidad local y diseño curricular

El nivel de desarrollo de una política terminológica correspondiente a planes de estudio, se encuentra en la Argentina en un estado más que incipiente.

En el país no hay formación de grado y en lo que atañe a la formación de postgrado ésta no tiene aún un carácter sistemático y generalizado.

A partir de lo señalado respecto de las bondades heurísticas que el trabajo en terminología puede ofrecer al graduado en idiomas con el encuadre coyuntural resultante del lanzamiento del Mercosur, resulta apropiado proponer un *status* y una forma para estos estudios de terminología. Para ello, será conveniente considerar la experiencia recogida en otros países.

En Europa, en general la terminología se incluye en los planes de estudio de traductores e intérpretes. Por ejemplo, en España, las Universidades de Barcelona y Madrid imparten formación en Terminología a nivel superior junto con la Tecnología, Informática y Lingüística Computacional. En Viena, se ofrece una formación estructurada en módulos y la especialización en Terminología se da

a nivel de postgrado. En Francia, en la Universidad de Rennes II se trabaja desde 1979 la terminología teniendo en cuenta su función heurística para los graduados en idiomas, ya que ésta permite aprender a estructurar un saber, introducirse en los medios profesionales, aprender a fabricar un producto, manipular herramientas informáticas y reflexionar sobre lo que éstas implican en términos de exigencias y aportes, practicar una actividad y reflexionar sobre esta práctica. Esta actividad, obligatoria a nivel de Licenciatura, constituye una excelente motivación para la profesionalización.

La formación en terminología aparece pues como deseable y necesaria para los graduados en idiomas en este momento en la Argentina. Para desarrollarla, puede adoptarse un criterio más o menos conservador a partir de una decisión política.

Puede proponerse una formación a nivel de postgrado, a la cual accederían profesores o licenciados en Idiomas con dos lenguas como mínimo. Y, al cabo de por lo menos dos años, el alumno debería presentar un trabajo final consistente en la constitución de un glosario trilingüe de una disciplina en particular.

Otro diseño de formación correspondiente a un criterio más innovador y de presencia lingüística en el medio es el de grado. A nivel de ciclo superior de Profesorados, Licenciaturas y Traductorados se implementarían tres orientaciones como mínimo: a) comercial, b) legal y c) ciencias médicas y biológicas. La incorporación de actividades tales como constitución y manejo de un autodictionary, lingüística computacional y prácticas en documentación serían muy importantes. La posibilidad de realizar pasantías en empresas correspondientes a áreas importantes a nivel de desarrollo nacional sería más que deseable.

Retroalimentación a nivel del mercado terminológico local

La dinamización de un mercado terminológico que encuentra un impulso decisivo en la creación del Mercosur resulta entonces una apuesta al desarrollo y un desafío mayúsculo. El derribamiento de las barreras lingüísticas en pro del intercambio comercial implica para las autoridades planificar y llevar a cabo políticas lingüísticas de bloque y no exclusivamente nacionales. Por supuesto que lo deseable hubiera sido, en particular por lo que atañe a nuestro país, que los problemas registrados en las zonas fronterizas ya hubiesen sido resueltos.

Conectado con el problema de qué lengua se enseña, a qué nivel y para qué, está el quehacer de la terminología, pues es sabido que el desarrollo de designaciones locales acompaña el despliegue de una actividad local importante en los ámbitos científico, técnico y comercial. La normalización tiene un efecto de modificación de los usos lingüísticos de la comunidad.

Si los países que ocupan una posición no hegemónica tienen que desarrollar una política lingüística de apuntalamiento de su lengua nacional, ésta no puede carecer de un basamento terminológico. No sólo por las posibilidades a nivel de constitución de servicios lingüísticos, de producción y venta de insumos infor-

máticos adecuados a necesidades muy puntuales, de neología, sino también a nivel de las potencialidades de los países tomados por separado. Si, por ejemplo, Brasil, que atesora en la selva del Amazonas la 'reserva ecológica' del planeta, lograra a través de sus especialistas en Biología identificar y designar especies de potencialidades químicas y farmacológicas aún desconocidas, tendría posibilidades científicas e industriales envidiables. Para acceder y manipular esta información otros países desarrollados deberían procesar esos datos tal y como fueron producidos en ese medio. La gestión de los recursos nacionales en base a medios científicos y tecnológicos con sello propio constituye la mejor manifestación de soberanía.

Por ejemplo, la producción de *software* con fines educativos, en particular, en el ámbito de la enseñanza de Idiomas ya empieza a dar sus frutos a nivel de decisiones tomadas por responsables de establecimientos privados. La informatización de tareas lingüísticas que asisten la enseñanza y sobre todo la traducción constituye el ámbito más importante de la retroalimentación, ya que según las experiencias recogidas en Europa, en el momento en que se constituye un bloque de tipo Mercosur, la traducción asume tres formas: la de traducciones brutas obtenidas por computadora, para fines utilitarios y restringidos; la postedición en productos más cuidados pero que necesitan un cierto tiempo de realización y, finalmente, la traducción por parte de profesionales asistidos por instrumentos informáticos específicos.² Incluso a nivel de emprendimientos de bloque se observa que los sistemas expertos pueden ser de gran ayuda para diagnosticar y resolver problemas de salud de vieja data –endemias– u otros derivados de los grandes proyectos carreteros o hidroeléctricos que se requieren para el funcionamiento del nuevo mercado común (por ejemplo, en la presa de Yaciretá, las enfermedades que amenazan a las comunidades aborígenes del Amazonas). En este orden se encuentran igualmente los problemas de tipo social (explotación y prostitución infantil, éxodo rural), ecológico (disminución de la capa de ozono, contaminación urbana, desertificación) y los problemas de desarrollo.

Conclusión

En suma, las posibilidades que se abren para nuestro país son numerosas y apasionantes.

Si se consideran las posibilidades de desarrollo de nuestras industrias en todas las áreas y el lugar al que aspira nuestro país en el concierto de las naciones, la liberación de recursos en dirección a la terminología y las industrias de la lengua tendrá un sentido y tendrá resultados. No se puede dejar de lado la posibilidad de ser protagonistas de un proceso que nos concierne en primer lugar.

2- Mieux Traduire Pour Mieux Communiquer Et Mieux Communiquer Pour Mieux;
Se comprendre in *Multilingua* 1-1, Mountain Publishers, Amsterdam, 1992.